

"Malauradament la nostra revista no ha pogut oferir mai cap mena de remuneració econòmica per les col·laboracions, però gràcies a la generositat i gentilesa dels poetes hem pogut disposar de bons poemes. Esperem poder comptar amb la vostra col·laboració per a aquest número. Per tot, el nostre profund agraïment".

Joan Brossa

Del llibre "Passat festes" (Ed. Empúries, Col. Migjorn, pág.189, Barcelona 1995)

En pleno año de experiencias trienales y a solo tres del Forum de las Culturas, los gestores culturales de la ciudad están en situación de alerta: El arte contemporáneo en Barcelona está perdiendo a su principal espónsor.

Lo inaudito del caso es la identidad de dicho espónsor; no se trata de una marca de vodka, ni de un operador de telecomunicaciones, no es un fabricante de papel, ni tampoco una entidad bancaria. Se trata, ni más ni menos, de los propios artistas, quienes, ahogados por la denominación de "emergentes" y cansados de considerarse pagados con "visibilidad", están organizándose ya, desde diversos frentes, para reivindicar su derecho a vivir de su trabajo, sin más. Y es que, aunque parezca mentira, a diferencia de los músicos, los actores o los bailarines, en esta ciudad, los artistas visuales no cobraban hasta ahora por su trabajo. Así de simple.

Hasta hace poco, en esta ciudad, uno podía acudir a una institución pública y presentarse como comisario de exposiciones con una propuesta bajo el brazo. Dicha propuesta consistía en una exposición o ciclo en la que aparecían uno o más artistas que, de forma altruista, prestarían y hasta producirían expresamente objetos, imágenes, instalaciones y acciones para que se pudieran llenar salas de exposiciones, sitios web, páginas de catálogos, y dossiers de prensa. Si se llegaba a un acuerdo entre el comisario y la institución, se confeccionaba un presupuesto en el que figuraban los honorarios del propio comisario, los gastos de montaje y promoción del evento, el diseño e impresión del catálogo, los transportes y seguros de las obras y hasta el alquiler de monitores, magnetoscopios, amplificadores, proyectores y ordenadores, en caso que la paradójica desmaterialización del arte así lo requiriese. Una vez fijadas las fechas del evento, se procedía a la contratación de los técnicos audiovisuales, transportistas, compañías aseguradoras, diseñadores gráficos, traductores, maquetistas e impresores, carpinteros, pintores, montadores, mensajeros, vigilantes de sala y (claro está) del propio comisario. Una verdadera tropa interdisciplinaria, subcontratada para complementar el servicio público de los historiadores del arte, museólogos, pedagogos, técnicos culturales, secretarios, expertos en prensa y demás agentes culturales de planta.

El cese de la esponsorización por parte de los artistas visuales, rompe con ese círculo vicioso que Joan Brossa, en su libro "Passat festes" (Ed. Empúries, Col. Migjorn, pág.189, Barcelona 1995) retrató en su poema de perplejidad "Misteri de cultura". Y a los gestores culturales de esta ciudad les toca ahora buscar con qué tapar el agujero que queda tras la agotada generosidad y gentileza de los artistas. Un agujero que ya podemos cifrar en un 15% del presupuesto dedicado al arte contemporáneo en Barcelona, ya que es eso lo que piden: una retribución mínima del 15% del coste total de la exposición en el caso de exhibirse trabajos expresamente producidos.

Los gestores culturales no deben olvidar que el trabajo de los artistas visuales es a la vez su propia razón de ser y su misma fuente de ingresos. Del compromiso de dichos profesionales con este arte contemporáneo depende que todos podamos seguir disfrutando de nuevas propuestas en las salas, sitios web y catálogos de museos y centros de arte públicos. Y si no lo consiguen, veremos un 15% menos.

Roc Parés

Aquest article va ser publicat a La Vanguardia, el 5 de novembre de 2001, a la secció Opinió, pàgina 25.